

# El concepto de fe en la obra *San Manuel Bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno, y los posibles elementos kierkegaardianos en su construcción

Julián David Zuluaga Serna<sup>1</sup>

## Resumen

El presente artículo se propone explorar el concepto de fe presentado en la obra literaria *San Manuel Bueno, mártir* a partir de los diálogos presentados por sus distintos personajes, donde se indagará de forma particular en la fe del personaje principal, don Manuel Bueno, que, como se verá, también podría entenderse de alguna manera como una expresión ficcional de la fe de su autor, Miguel de Unamuno. A su vez, se buscará rastrear y poner en diálogo la construcción de la creencia de don Manuel con el pensamiento del filósofo y teólogo danés Søren Kierkegaard, mostrando la influencia que este último tuvo sobre el autor vasco.

**Palabras clave:** Fe inmanente; Duda; Literatura; Creencia; Miguel de Unamuno; Søren Kierkegaard.

## Abstract

This article aims to explore the concept of faith, presented in the literary work *San Manuel Bueno, mártir*, based on the dialogues of its different characters. This article will particularly look into the faith of the main character, don Manuel Bueno, who, as it will be shown, could also be somehow understood as a fictional expression of Miguel Unamuno's faith, which is the author. In turn, it will seek to inquire into and having dialogues about the making of the belief of don Manuel with the thought of the Danish theologian Søren Kierkegaard, showing the influence that the latest had over the Basque author.

**Key words:** Immanent faith, Doubt, Literature, Belief, Miguel de Unamuno, Søren Kierkegaard.

El autor Ciriaco Morón ha sugerido que en la obra de Miguel de Unamuno se pueden rastrear ciertos núcleos o ideas constantes, como una epistemología supraracional, "un afán heroico de lucha contra las íntimas contradicciones para lograr un yo definido; una visión de la realidad social y cultural; una actitud ante la religión" (1964, p. 233). El presente ensayo se ocupará de esta última idea, más concretamente, de la concepción de fe expresada en la obra unamuniana, *San Manuel Bueno, mártir*; además, se mostrará cómo en tal construcción, Unamuno dialoga con el pensamiento del filósofo y teólogo danés, Søren Kierkegaard.

La novela *San Manuel bueno, mártir*, fue escrita por Unamuno al regresar de su destierro en Francia, editada originalmente como texto único en el año 1930 y publicada en su forma final con el título *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más (La novela de don sandalio, jugador de ajedrez, Un pobre hombre rico y Una historia de amor)* en 1933 (Serrano, 2001). El autor Enrique Castaños sugirió que, si uno tuviera que aventurar una conclusión de *San Manuel Bueno, mártir*, pensaría que la conclusión

---

<sup>1</sup> Este autor es Teólogo de la Fundación Universitaria Seminario Bíblico de Colombia y Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT, donde además ha sido asistente de investigación. Actualmente está dedicado a la investigación y edición de textos. E-MAIL: julian.zuluaga@aol.com

tendría que ver con el significado de la fe, el destino del hombre y la relación que este debe ocupar con sus semejantes (Castaños, 2013). Según señala Serrano, fue a partir de 1900 que Unamuno se instaló de manera definitiva en la dinámica entre la lucha y la duda, reconociéndole amplio espacio en sus obras a la reflexión sobre la fe. El mismo Unamuno, en 1907, afirmaba que su religión era buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, reconociendo que su vida representaba una continua lucha con el misterio (Serrano, 2007).

No son pocas las obras que brindan luces respecto al pensamiento de su autor, aun si son de carácter ficcional, cuánto más cierto es en el caso de don Miguel que imprimía el sello autobiográfico en cada una de sus obras (Escobar, 2013).

En su prólogo al volumen publicado en 1933, al responder por qué decidió juntar en un mismo volumen historias de naturaleza tan distinta, dice Unamuno:

No obedece a un estado especial en que me hallara al escribir, en poco más de dos meses, estas tres novelitas, sino que es un estado de ánimo general en que me encuentro, puedo decir, desde que empecé a escribir. Ese problema... de la conciencia de la propia personalidad... es el que me ha inspirado para casi todos mis personajes de ficción. (como se cita en Bilbao, 2012, p. 261)

Como se mencionó anteriormente, parte del propósito de este ensayo, además de expresar la concepción de fe desarrollada en la obra *San Manuel Bueno, mártir*, es sugerir de qué manera el pensamiento de Kierkegaard es tenido en cuenta en la composición de la novela, más concretamente en la creación del personaje don Manuel. Don Miguel conoció al “gran danés”, como solía llamarlo, a través del crítico literario George Brandes, quien en uno de sus artículos señalaba la influencia que el filósofo escandinavo había tenido en las obras de Ibsen. De hecho, comentó la gran semejanza que había entre Kierkegaard y el sacerdote *Brand*, el personaje principal de una obra de Ibsen titulada de la misma manera. Allí señalaba cómo ambos personajes, el real y el ficcional, compartían su aislamiento, su espíritu combativo y su actitud inconforme frente a la iglesia establecida. Al parecer estas fueron las primeras impresiones que el autor vasco pudo tener del autor danés (Fasel, 1955). Unamuno tiene entonces un primer vistazo del danés a través de Brandes, especialmente como un “enemigo de la iglesia”, poniendo poco o ningún énfasis en su concepción de fe, la cual fue clave en la obra del danés (Fasel, 1955). Tan interesado estuvo el autor vasco en Kierkegaard, que aprendió danés para leer sus obras en su idioma original; tal vez porque en él mismo se encontraba ese espíritu de lucha, esa inconformidad con la religión oficial, o para decirlo mejor, su antidogmatismo y anticlericalismo. Tales ideas claramente se pueden apreciar en *San Manuel Bueno, mártir*. Como se verá, esta novela permite acercarse desde los distintos personajes al fenómeno de la fe, siendo preeminente en la historia la concepción del protagonista, don Manuel, que es sin duda alguna la que más se asemeja a la fe de don Miguel.

En la novela. La historia es narrada por Ángela Carvallino, una de las hijas espirituales de don Manuel Bueno, quien nos dice que este sacerdote contaba con el respeto y admiración de toda la aldea de Valverde de Lucerna gracias a su servicio desinteresado y sacrificado a favor de los demás. Su vida consistía en “arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y atediados, y ayudar a todos a bien morir” (Unamuno, 2006, p. 5). La vida de don Manuel, y por tanto su vida de fe, no podía ser entendida al margen de su compromiso social.

Este sacerdote tenía una particularidad: no creía lo que él mismo predicaba. Para él solo existía “el más acá”. Sin embargo, a los ojos del pueblo, don Manuel creía lo que enseñaba, como cualquier otro sacerdote, y si en algo podía diferenciarse de los demás era en su santidad.

La tensión en la que vive don Manuel era constante, él quería que el pueblo siguiera creyendo a pesar de que él no lo hiciera, su misión era que otros estuvieran contentos de vivir, aunque él no pudiera.

Gorka Bilbao (2012) ha sugerido que este personaje unamuniano puede ser entendido a partir de la noción kierkegaardiana del hombre ético. Kierkegaard propone tres modalidades o estadios de la existencia humana. El primer estadio es el estético, en donde el hombre opta por sí mismo, buscando la satisfacción inmediata y la entrega a los goces temporales. El segundo estadio es el ético, en donde reconoce sus deberes y responsabilidades para con otros, y en donde se proyecta a sí mismo hacia la realización. El último estadio es el estadio religioso, en donde el hombre ya no busca su fin en sí mismo ni en la sociedad, sino en Dios. Es allí donde podrá encontrar su realización (Kierkegaard, 2006). Hecha la indicación del tema principal de cada estadio, regresemos al segundo.

Bilbao menciona que este segundo estadio viene definido justamente “por dos elementos que lo separan de forma dramática del estadio estético: la capacidad para la elección personal y el marcado carácter social” (2012, p. 246). Estos elementos se pueden ver en don Manuel: a pesar del dolor causado por su secreto, prefiere seguirlo guardando antes que ser un obstáculo para la fe del pueblo, pues su misión, como se mencionó, era el bienestar de aquellos. Pero hay otros elementos que merecen ser considerados aquí respecto al hombre ético kierkegaardiano para así observar hasta qué punto este puede compaginarse completamente con el carácter del párroco de Valverde de Lucerna. El hombre ético, además, es aquel que toma decisiones donde vincula el bienestar propio con el bienestar colectivo (Bilbao, 2012).

Aquí se erige entonces una pregunta compleja: ¿es entonces don Manuel un ético en sentido cabal? Si se considera que simplemente padece como consecuencia de buscar el bienestar de los demás, negándose a sí mismo, entonces se pensaría que no; pero si se considera que su fe, su sentido, y en ese caso su bienestar –aunque al tiempo sufra– solo puede darse al negarse a sí mismo por el bien de otros, la respuesta entonces sería distinta. En este sentido don Manuel puede también estar preocupado por su desarrollo interno, que es otra de las características del hombre ético de Kierkegaard; es decir, puede creer internamente algo, tener razones para vivir una fe que no admite públicamente y que le genera sufrimiento, sin que esa falta de reconocimiento implique necesariamente una dicotomía entre su exterioridad e interioridad, sino más bien considerando su exterioridad como la expresión natural del camino conscientemente asumido de esa fe que padece, guardándose la verdad por el bien de otros.

Existe la posibilidad de que, como lo expresa Bilbao:

Tal vez la ausencia de un convencimiento pleno respecto de la existencia de una vida ulterior que justifique los sufrimientos de esta y que sea garantizada por una figura suprema, por un Padre Divino que cuide de sus hijos terrenales, empujara a don Manuel a convertirse a la vez en el garante de tal vida y en padre espiritual de su comunidad. (2012, p. 256)

Vale la pena decir que, a pesar de abrir esta posibilidad interpretativa, el mismo Bilbao se inclina a pensar que don Manuel no es un hombre enteramente ético, pues según él, el motivo para ocultar esta verdad no era tan noble como lo enuncia la cita anterior, sino más bien producto de una debilidad. Para ello se apoya en dos citas del texto. En la primera, Ángela le responde a su hermano Lázaro que le pide guardar el secreto de don Manuel: “Si intentase, por locura, explicárselo, no lo entenderían. El pueblo no entiende de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras” (Unamuno, 2006, p.40). En la segunda es el mismo Unamuno, o el Unamuno ficcional, si se quiere, el que dice:

Quiero también, ya que Ángela Carballino mezcló a su relato sus propios sentimientos, ni sé qué otra cosa quepa, comentar yo aquí lo que ella dejó dicho de que si Don Manuel y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia, este, el pueblo, no les habría entendido. Ni les habría creído, añado yo. Habrían creído a sus obras y no a sus palabras, porque las palabras no sirven para apoyar las obras, sino que las obras se bastan. Y para un pueblo como el de Valverde de Lucerna no hay más confesión que la conducta. Ni sabe el pueblo qué cosa es fe, ni acaso le importa mucho. (Unamuno, 2006, p.44)

De acuerdo con Bilbao, estas dos citas demuestran que, debido a que el pueblo no creería sino en las obras o la conducta de don Manuel, no había razón para que el párroco se callase su verdad, salvo el hecho de que le angustiase “ejercer el papel de engañador” (Bilbao, 2012, p. 258).

La propuesta de Bilbao es interesante, sin embargo, pasa por alto un hecho importante: Ángela, e incluso el mismo Unamuno (o Unamuno ficcional), interpretaba de esa manera la fe del pueblo, pero en ningún momento tal afirmación se desprende del pensamiento o de los labios de don Manuel. Por consiguiente, aun si el pueblo no hubiera creído la confesión de don Manuel, tal razón no contradecía el hecho de que mantener su secreto fuera lo que el párroco consideraba más acorde con su fe.

La clase de fe que tenía don Manuel puede apreciarse en la escena donde un payaso se acerca a él queriendo tomar su mano para besarla, afirmando que se decía de él que era todo un santo, pero don Manuel se adelanta y logra tomar primero la mano de aquel hombre, diciendo ante todos:

El santo eres tú, honrado payaso; te vi trabajar y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría a los de los otros, y yo te digo que tu mujer, la madre de tus hijos, a quien he despedido a Dios mientras trabajabas y alegrabas, descansa en el Señor, y que tú irás a juntarte con ella y a que te paguen riendo los ángeles a los que haces reír en el cielo de contento. (Unamuno, 2006, p.12)

En los términos del párroco, su santidad se expresaba en el compromiso social, en el darse sacrificialmente a otros, esa era su fe. Siendo así una expresión ejemplar del ético kierkegaardiano que no puede entenderse a sí mismo desligado de la comunidad. Además, don Manuel se mantuvo firme en la decisión tomada, ni en su lecho de muerte hubo asomo de cambio (Bilbao, 2012), reflejando así uno de los rasgos principales del hombre de este estadio.

Como se puede apreciar, el personaje unamuniano parece ser construido a partir de los elementos que se han sugerido del pensador danés; es más, el mismo Unamuno en el prólogo a su novela publicada en 1933 nos dice que había finalizado de leer por aquel entonces *O lo uno o lo otro* de Søren Kierkegaard, que es uno de sus libros donde se explica con más detalle los estadios de la existencia humana. Es posible ver entonces al personaje de Unamuno circunscrito en el estadio ético, aunque algunos hayan considerado, como se observó, que no es plenamente ético, pues sostendrán que en él se advierte la dicotomía entre su interior (el no poder reconocer públicamente su falta de fe y por ello sufrir) y su exterior (el buscar que otros estuvieran alegres de vivir y siguieran creyendo); dicotomía que como se sugirió, tal vez no haya.

Es claro entonces que la vida de don Manuel, como nos cuenta Ángela, era especialmente una vida activa, no contemplativa, una que huía todo lo que podía de no tener nada que hacer. Dice Ángela: “Cuando oía eso de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, contestaba: «Y del peor de todos, que es el pensar ocioso»” (Miguel, 2006, p. 9).

Como se menciona en la novela, a don Manuel le incomodaba sobremanera la soledad, a diferencia de otros religiosos que optaban por la vida monástica, él le decía a Ángela que no podía perder el pueblo para ganar su alma, que su monasterio era Valverde de Lucerna, que necesitaba de otros para poder llevar la cruz de su nacimiento (Miguel, 2006).

Este cuadro ha permitido que el personaje unamuniano haya sido considerado también como alguien que padece lo que Anti-Clímaco, uno de los tantos seudónimos del filósofo danés, llamaría “clausura de sí mismo”.

Dice Evans:

Así es el mundo de don Manuel en *San Manuel Bueno, mártir*. Unamuno ha dibujado un personaje que está en la desesperación y que mantiene su condición oculta. Él vive una vida que

supera lo que Anti-Clímaco llama la inmediatez y sabe que su tormento interior no proviene de las circunstancias externas sino de su ser interior. Él es autorreflexivo y tiene un yo “con arrestos suficientes como para continuar amándose”. Por lo tanto, se encuentra en el poder de “la clausura de sí mismo” y está bien encaminado para participar en la desesperación de la obstinación”. (Evans, 2014, p. 66)

En la “clausura de sí mismo”, dice Evans: “el yo intenta separarse “de toda relación con el Poder que lo fundamenta o [...] de la idea de que tal poder exista” (2014, p. 65). Además, tal persona no permite que lo eterno lo consuele ni lo cure, de manera que eleva lo temporal porque lo eterno no le representa mayor alivio (Evans, 2014). Como sugiere Kierkegaard (1980) en *La enfermedad mortal*, dicha conducta puede llevar al suicidio, y como se ve en la novela de Unamuno, don Manuel combate con este mal, al igual que su padre. De hecho, sugiere Evans, esta era la razón por la que se vio en la necesidad de confesar su secreto a Lázaro o Ángela, de lo contrario quizás no habría podido soportar ese tipo de fe que decidió llevar. Cabe agregar que Unamuno leyó *La enfermedad mortal* de Søren Kierkegaard, donde expone la clausura de sí mismo, de esto dan cuenta el vocabulario escrito en los márgenes del texto danés que leyó y varios pasajes subrayados que podrían vincularse con esta novela (Evans, 2014).

Es llamativo ver que la fe de don Manuel era estrictamente terrenal. En una de las líneas de la novela anteriormente mencionada, dice el párroco: “Yo no puedo perder a mi pueblo para ganarme el alma” (Miguel, 2006, p.13). En esta expresión parece tener en mente un pasaje del evangelio de Mateo que dice: “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma? ...” (Mateo 6:6 RVR60). El párroco toma el pasaje y lo subvierte, lo más importante para él no es el alma, es el mundo. Esa es su fe. Ese era su credo. No parece considerar en lo más mínimo la posibilidad de la vida después de la muerte.

Dice Bilbao:

Incluso en los instantes en los que el ser humano es más proclive a pensar en la posibilidad de la continuación de la vida en el más allá, no admite don Manuel tal coyuntura. En ningún momento ofrece el beneficio de la duda, no se pregunta quién sabe, no se abre a la posibilidad, no pide ni siquiera una confesión por lo que pudiera ocurrir tras su fallecimiento, y si solicita que se lo lleve a la iglesia es solo para despedirse de su pueblo. Don Manuel no tiene dudas, pues está convencido de que nada hay después de esta vida. (2012, p.261)

De hecho la misma hija espiritual del párroco, que nos narra la historia, nos dice que al final ella esperaba de él un ¿quién sabe? Como se ha intentado sugerir entonces; tal vez no era tanto que el párroco no tuviera fe, sino que tenía una fe no oficial, distinta a la del pueblo. Su dolor se derivaba de su negación a sí mismo por otros y, por tanto, de su aislamiento. Aunque estuviese rodeado de muchos, solo unos cuantos sabían su secreto, y eso le bastó para seguir suicidándose en vida por los demás.

Como sugiere Castaños (2013), la fe de don Manuel no es entonces la del fanático que invita a despreciar esta vida en aras de alcanzar la otra, pero tampoco es una fe en los bienes o goces temporales. En la novela se presentan diferentes tipos de fe. La fe del pueblo, como se puede entrever en los comentarios anteriormente citados, era acrítica, que acogía por tradición, sin mostrar el más mínimo interés en inquirir en ella; de hecho, queda la pregunta en la novela de si acaso el pueblo creía, es decir, si acaso tenía fe, o por lo menos creía tenerla. La fe de Ángela, en cambio, se interroga. En una escena Ángela se ve reflexionando sobre su propia fe. Al orar el Padre nuestro, ella se preguntaba mientras decía “ruega por nosotros pecadores” por qué el ser humano era pecador y cuál era su pecado; no pudo evitar llevar tal inquietud a su padre espiritual para que le ayudara a resolverla. Además, a menudo se le ve interpelando tanto a su hermano como a don Manuel respecto

a su forma de ver y vivir la fe. En síntesis, ella decide transitar el camino de la fe en lo divino a través de las preguntas. Al final del libro tal acercamiento se patentiza. Agrega además en relación a la fe del párroco y de Lázaro:

Y ahora, al escribir esta memoria, esta confesión íntima de mi experiencia de la santidad ajena, creo que Don Manuel Bueno, que mi san Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada (Unamuno, 2006, p. 41).

Es decir, abre la posibilidad de que ambos tuviesen fe, cristiana incluso, pero de otra manera. Lo llamativo es que al final ella misma se pregunta si de verdad cree. Por otra parte, se puede decir que la fe de su padre espiritual se parece a la fe de Miguel Unamuno (como se cita en Fasel, 1955, p. 446) quien alguna vez dijo: "Considera que no hay dentro de Dios más que tú y el mundo". De allí que pueda llegarse a pensar que el autor vasco creía en una suerte de panenteísmo, pero dado que el panenteísmo también considera la vida ultraterrena, tal vez no sea tan buena hipótesis. Lo que sí se puede decir era que don Miguel se sentía completamente llamado al aquí y ahora, a la vida terrena, como lo dijo en alguna ocasión: "No busques, pues, derecha e inmediatamente, fe; busca tu vida, que, si te empapas en tu vida, con ella te entrará la fe" (como se cita en Fasel, 1955, p. 446). La idea de la inmortalidad del alma que tanto lo seducía no nacía de añorar un paraíso perdido con una existencia trasfigurada, tal idea lo seducía especialmente porque estaba interesado en continuar en el tránsito de la vida siendo él. Quizás parte de la insistencia de don Manuel Bueno por la unidad, por esa creencia que permitía mantener la cohesión del pueblo (aunque fuera creída de distintas formas), se desprende de la preocupación del propio Unamuno por la unidad de su pueblo. Dice Fasel que: "Las fuerzas del aislamiento en la civilización española continuamente le recordaban que el individuo no debía llegar a estar separado de su realidad universal" (1955, p. 447). De hecho, Unamuno presenta en *El hombre de carne y hueso* un ideal, fruto de las revueltas del siglo XIX, contra la fragmentación, aislamiento y separación, e incluso contra las rupturas intelectuales de la verdad global (Fasel, 1955). La unidad de España era de vital importancia para la conocida generación del 98<sup>2</sup> de la cual hizo parte don Miguel, pues en dicho momento su país estaba ávido de referentes para dar respuesta a la crisis sufrida, y los escritores supieron traducir el prestigio logrado en su campo, en posiciones que les permitieron influir directa o indirectamente en el campo político de su país, no solo desde las letras sino incluso como hombres de estado (Ette, 1998).

Teniendo eso en cuenta, se puede pensar que muy probablemente la preocupación social y la insistencia unamuniana en "el más acá", pudo haber sido labrada o quizás madurada al ver y sufrir directamente las necesidades sociales de su momento; eso justamente pudo haber dejado su impacto en su fe y, claramente, también en la de don Manuel.

## Referencias

- Bilbao, G. (2012). Ética y liminaridad en "San Manuel Bueno, mártir": una lectura kierkegaardiana. *Hispanic Review*, 80 (2), 243-265.
- Castaños, E. (2013). *San Manuel Bueno, mártir: existencia, duda y fe*. Recuperado el 7 de septiembre de 2016 de: [http://www.gibralfaro.uma.es/criticalit/pag\\_1898.htm](http://www.gibralfaro.uma.es/criticalit/pag_1898.htm)

---

<sup>2</sup> Un grupo de escritores especialmente afectados por la derrota militar de España frente a Estados Unidos que derivó en la pérdida de Cuba, Filipinas, entre otros, produciendo un decaimiento y desencanto en el pueblo español (Ette, 1998).

- Escobar, A. (2013). La literatura filosófica: una aventura íntima en Miguel de Unamuno. *Escritos*, 21 (47), 517-531.
- Ette, O. (1998). Visiones de la guerra / guerra de las visiones: El desastre, la función de los intelectuales y la Generación del 98. *Iberoamericana*, (1977-2000), 22(3/4 (71/72), 44-76.
- Evans, J (2014). La enfermedad mortal, de Kierkegaard, y San Manuel Bueno, mártir, de Unamuno. *Revista de filosofía (Universidad Iberoamericana)*, 137, 59-71.  
71.
- Fasel, O. (1955). Observations on Unamuno and Kierkegaard. *Hispania*, 38 (4), 443-450.
- Kierkegaard, S. (1984). *La enfermedad mortal*. Madrid: Sarpe.
- Kierkegaard, S. (2006). *El amor y la religión*. Buenos Aires: Andrómeda.
- Kierkegaard, S. (2018). *O lo uno o lo otro. Fragmento de vida I*. Madrid: Trotta.
- Morón, C. (1964). San Manuel Bueno, mártir y el “sistema” de Unamuno. *Hispanic Review*, 32 (3), 227-246.
- Serrano, J. (2001). *Miguel de Unamuno*. Recuperado el 7 de septiembre de 2016 de: <http://jaserrano.nom.es/unamuno/unamuno.htm>
- Unamuno, M. (20006). *San Manuel Bueno, mártir*. Murcia: Biblioteca Saavedra Fajardo.